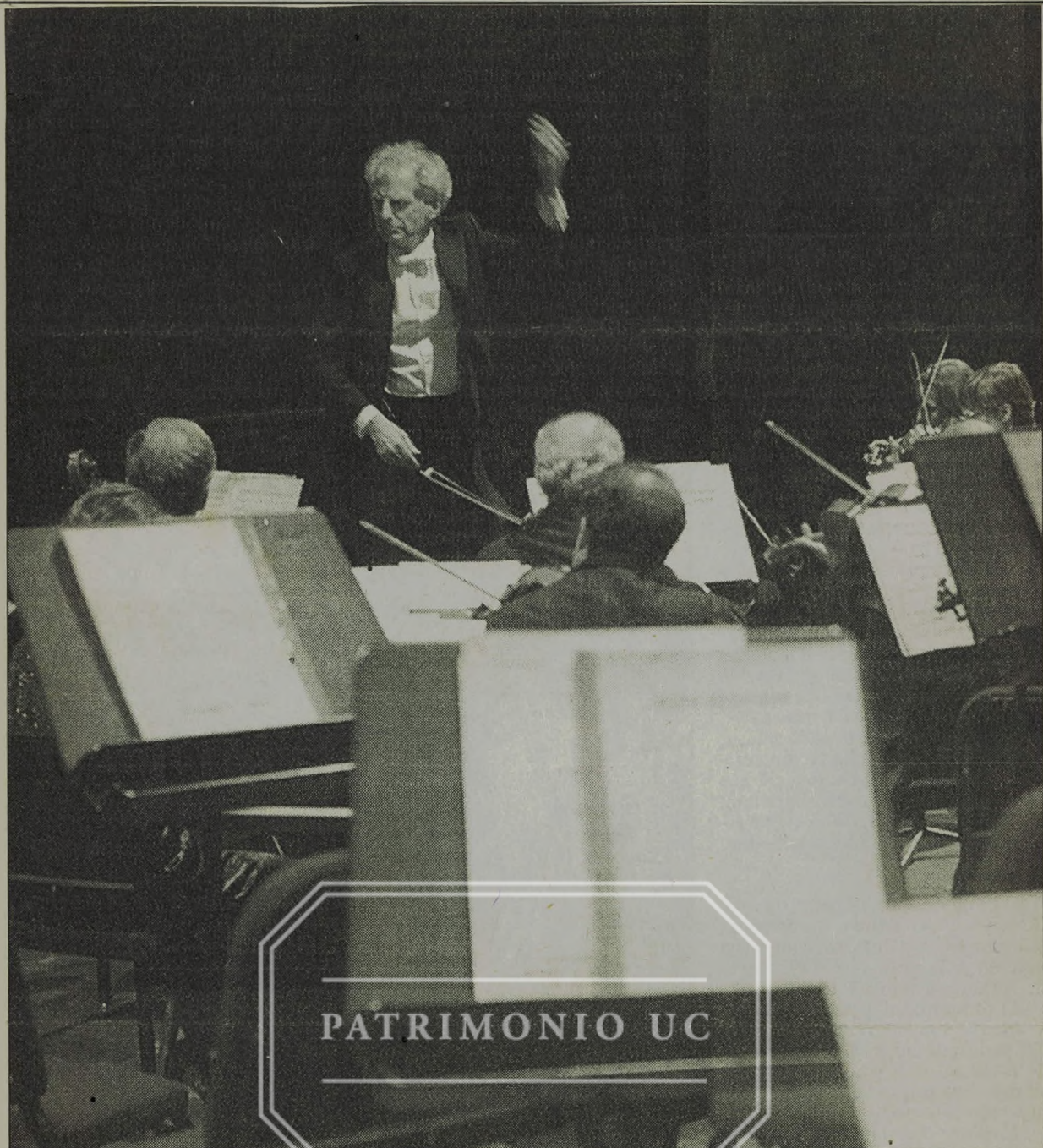


Espectáculos

Buenos Aires, viernes 27 de marzo de 1998



PATRIMONIO UC

En su reencuentro con el público porteño, el director Juan Pablo Izquierdo ganó una merecida ovación

(Sebastián Szyd)

Por un peso, el Teatro Colón se vende completo

"Concierto de la Orquesta Filarmónica de Buenos Aires. Director: Juan Pablo Izquierdo. Solista: Ricardo Sciammarella. Programa: Obertura "Egmont" y Sinfonía N° 8, en Fa mayor, Op. 93, de Ludwig van Beethoven; Sinfonía concertante, Op. 125, para violonchelo y orquesta, de Serguei Prokofiev, y "La valse" (poema coreográfico), de Maurice Ravel. Ciclo "El Colón x un peso", en el Teatro Colón.

Fue curioso observar la sala con muchos lugares vacíos, aunque las localidades estaban prácticamente agotadas. Una contradicción demostrativa de que las entradas se "vendieron" al precio simbólico de un peso en su totalidad, pero al modificar el día de la función (el concierto se postergó del lunes a anteanoche, por una medida de fuerza del personal técnico), mucha gente presumiblemente no pudo asistir o regaló su entrada y muchos de esos invitados faltaron a la cita.

No se vio un público juvenil. Tampoco, una concurrencia que denotara provenir de sectores muy pobres. Estuvo ausente el grupo de habituales asistentes a los conciertos, pero los presentes demostraban buena preparación musical (no hubo un solo aplauso entre movimientos), palpándose un manifiesto interés en escuchar. Hasta pareció que hubo un silencio más respetuoso que otras veces.

De todos modos, ya sea para brindar una apertura a este tipo de público ávido de música o para la formación de uno nuevo, que aparece como el objetivo básico de "El Colón x un peso", el ciclo es un hecho positivo, en este caso muy revalorizado por haber estado a cargo de un cuerpo artístico del teatro y por haberse logrado un excelente nivel.

La reaparición del chileno Juan Pablo Izquierdo se constituyó en un grato reencuentro con una personalidad muy peculiar del arte de la dirección orquestal que, mas allá de compartirse o no su criterio interpretativo, deja la sensación de una sólida formación, seriedad académica y cálido temperamento.

Por alguna razón, Izquierdo fue ganador del Concurso Mitropoulos de 1966, en Nueva York; fue director del Festival Testimonium, de Jerusalén, entre 1974 y 1985, dedicado a la música contemporánea; director titular de la Orquesta Gulbenkian, de Lisboa, y de la Filarmónica de Chile, y actualmente es director del Instituto Hermann Scherchen -del que fue su creador-, en la Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos, país donde realiza importante labor como director, además de su permanente presencia en Europa.

La primera parte, dedicada íntegramente a Beethoven, con la obertura "Egmont" y la octava sinfonía, transcurrió dentro de un clima un tanto gris algo desconcertante, como si Izquierdo concibiera obras más cercadas a la primera parte del período clásico, con un rendimiento orquestal por debajo del nivel que la Filarmónica puede lograr.

En cambio, en la segunda mitad, se escuchó una obra sumamente interesante de Prokofiev, con un excelente solista de violonchelo como Ricardo Sciammarella y una muy buena versión de "La valse", de Ravel, que mereció, en el final, la repetición de los últimos momentos.

Una obra valiosa de Prokofiev

De todos modos, el plato fuerte estuvo centrado en la obra del compo-

sitor ruso, una composición encarada en los dos últimos años de la vida de Prokofiev, que nace a instancias de Mstislav Rostropovich y de la transformación de su primer concierto para violonchelo, Op. 58, de 1938, que en realidad equivalía a una nueva obra denominada "Sinfonía concertante para violonchelo y orquesta", que él no llegó a escuchar el día de su estreno.

Obra atrayente en el lenguaje, de cuarenta minutos de duración, en tres movimientos, con una parte para el solista endemoniada, plena de contrastes entre los ritmos característicos del autor que chocan con pasajes serenos de hermosa línea melódica.

Pero son las ideas musicales, los episodios de cadenza (seguramente impuestos por Rostropovich) y el admirable equilibrio sonoro entre solista y masa orquestal los puntos sobresalientes de una partitura que debería escucharse nuevamente.

El profundo estudio que demanda y el esfuerzo de preparación que implica la ejecución de esta creación singular, así como el alto nivel alcanzado por el conjunto instrumental y el violonchelista Ricardo Sciammarella, de impecable dominio técnico y sólida formación académica, no deberían quedar reducidos a una sola audición. Fue un hecho artístico sumamente valioso.

"La valse", de Maurice Ravel, ejemplo incuestionable del refinado sentido del detalle y del uso de los recursos de una orquesta, fue objeto de una muy ajustada y efectiva entrega. La eléctrica personalidad y estilo de Juan Pablo Izquierdo se agigantó en este final brillante para recibir una cálida y sostenida ovación.

Juan Carlos Montero